Brillo de una estrella muerta

PARTE 4

Enana Blanca

sacrificio de la idea del recuerdo

SUPERNOBA

Lechephobia

Brillo abrió los ojos. El suelo estaba frío. Más frío que antes. Se incorporó apenas, y al hacerlo sintió cómo algo áspero raspaba debajo de él. Miró hacia atrás y vio una línea negra irregular. La marca de su propio cuerpo arrastrándose fuera del fuego.

La piel de su brazo tenía ceniza pegada. Y en el pecho, justo sobre el esternón, una cicatriz, la forma imperfecta de una estrella fracturada, recién cerrada y todavía roja.

En su mano derecha tenía el mismo reloj con el que había soñado. Marcaba las 10:16 a.m. y esta vez el segundero funcionaba con normalidad.

El silencio era casi insoportable.

Solo él.

Y la realidad, respirándole encima por primera vez en mucho tiempo. Brillo intentó ponerse de pie, pero las piernas no respondieron. Se sostuvo de una pared húmeda, y al tocarla sintió que algo dentro de él se reacomodaba. La pared era real. No producto de su mente, no un recuerdo, no una alucinación.

Real.

Y entonces la pesadez lo golpeó como un golpe seco en el pecho. La supernova había terminado. Y él seguía aquí.

Cuando sus piernas por fin respondieron, el camino hasta el departamento fue automático. Sus piernas se movían como si siguieran un rastro invisible, uno que había quedado grabado en su

cuerpo. La llave, increíblemente, seguía en su bolsillo.

Cuando abrió la puerta, el aire detenido lo golpeó.

Olía a polvo.

A café seco.

Dentro, todo seguía exactamente como lo dejó ella. Una taza con el borde manchado, un suéter colgado en la silla, la cama deshecha como si alguien hubiese salido apurado a mitad de un bostezo.

Brillo se quedó en el umbral.

Recordó que la última vez que estuvo ahí, no había fuego en ninguna parte. Pero sí un silencio tan grande que ya era una señal.

No lo vio.

No quiso verlo.

Entró.

El piso crujió bajo sus pasos, como si el departamento mismo despertara al reconocerlo. Caminó hasta la mesa pequeña donde ella solía dejar sus llaves. A un lado, había un libro abierto a la mitad. Y debajo del libro, una servilleta con una frase escrita con su letra:

"No quiero que nadie me olvide… pero tampoco quiero no poder recordar a nadie ."

El estómago se le hundió.

Brillo se dejó caer en la silla.

Respiró hondo.

Y algo en su pecho empezó a decirle que cantara.

Brillo observó alrededor. Cada objeto parecía mirarlo de vuelta, pidiéndole algo que no sabía si podía dar. El silencio del departamento lo rodeó como una marea. Y entonces lo entendió.

Su miedo no era recordar el dolor. Su miedo era recordarla mal.

Era traicionarla.

Guardar la versión equivocada.

Recordarla más triste de lo que era.

Más rota de lo que estuvo.

Más ausente de lo que quiso.

Ese era el vértigo en el pecho.

¿Eso era a lo que ella temía? Miedo a no recordar a los muertos del modo en que a ellos les hubiera gustado ser recordados .

Se llevó las manos a la cara.

¿Qué quería Alice que quedara?

¿La risa tan tonta cuando se le caía la cuchara?

¿El olor de su cabello?

¿O la versión de ella que él nunca vio a tiempo?

—No sé quién fuiste al final... —susurró—. Y tengo miedo de inventarte.

El departamento no respondió.

Nadie lo corrigió.

Nadie lo acusó.

Estaba solo con una memoria que sabía incompleta. Y tenía que vivir con eso.

El sonido de la puerta abriéndose lo sacó de la parálisis. No esperaba a nadie. La persona era el padre de Alice. Más viejo, más pequeño, más cansado que en la iglesia.

Pero con una mirada firme. Demasiado firme para alguien que vivía con esa ausencia.

—Oh, disculpa no sabía que estabas aquí. Venia por algunas cosas de ella —dijo él, sin rodeos.

No hablaron durante un rato.

El padre tomó una bufanda del sillón, la dobló con cuidado y la

guardó en una bolsa pequeña.

De pronto, sin mirarlo, preguntó:

—¿Te duele?

Brillo tragó saliva.

—No sé qué siento.

—Eso también es dolor —respondió él.

El silencio volvió a caer. Finalmente, Brillo dijo lo que llevaba atorado desde el funeral.

—Yo no... yo no la vi. No vi nada. Y si la hubiera visto, quizá...

El padre lo interrumpió, suave, sin dureza:

—Hijo... nadie ve todo. Ni siquiera los que amamos más.

Brillo bajó la mirada.

—Pero debía hacerlo.

—No —negó él—. Ella no se dejó ver. No porque no confiara en ti... sino porque no sabía cómo hacerlo.

Eso lo atravesó como un hilo caliente. No lo justificaba. Pero lo humanizaba.

El padre tomó la servilleta del mensaje. La guardó en el bolsillo interior de su saco. Y antes de irse, apoyó una mano en el hombro de Brillo:

—La recuerdes como la recuerdes... hazlo con amor, no con culpa. Esa es la única forma de no perderla dos veces.

La puerta se cerró detrás de él. Y por primera vez, sin remordimiento, Brillo lloró.

No por el fuego.

No por Noba.

No por su culpa.

Lloró por ella.

Por lo que fue.

Y por lo que nunca podrá terminar de recordar bien.

Por lo que sí quedó. Y por lo que no volverá.

La luz de la tarde entraba inclinada por la ventana, agarrándose a los objetos como si también tuviera miedo de soltarlos. Brillo pasó los dedos por el marco de la mesita de noche, por las marcas del uso, por las pequeñas imperfecciones que solo se notan cuando alguien ha vivido ahí mucho tiempo.

Miró sus manos. Aún temblaban.

Se levantó despacio. Caminó hasta la cocina. Abrió el cajón donde sabía que guardaba la canela. La caja medio llena, olor a madera dulce. La tomó y luego la dejó donde estaba.

Ese gesto mínimo —abandonar la caja en su lugar— fue la primera decisión verdadera que tomó desde la explosión.

Un acto simple.

Pero suyo.

Respiró hondo, con una mezcla de dolor y una claridad tenue pero real.

—Te voy a recordar como pueda —murmuró, sin saber si hablaba con ella o consigo mismo—. No como te merecías… pero tampoco como te perdí.

Se acercó a la puerta. Puso la mano en el picaporte. Por un instante, pensó que si la cerraba demasiado fuerte la rompería. Y si la cerraba demasiado suave, no podría irse. La cerró en un punto intermedio. Un clic firme. Definitivo, pero sin violencia.

Alice:

Si tuvieras que elegir entre mantener tu casa tal y como la dejaste…

¿lo harías, o la redecorarías?

-Brillo, con el café entre las manos.

El Pulsar

El final no tiene por qué ser el final.

Esa frase me llenó de esperanza y de sortilegio. Mi vida no termina aquí, y soy yo quien decide cuándo termina. Veme a los ojos y dime cuántas veces me soñaste. Veme a los ojos y grítame cuántas veces me lloraste. Mírame hacia adentro y cuéntame cuántas veces sentiste que te amé.

La explosión no me mató; al menos, no del todo. Mató algo, de eso estoy seguro, pero aun no entiendo qué fue. Si antes todo eran preguntas, ahora ya no busco satisfacción. Si antes todo era miedo, ahora puedo entrar sin encender la luz. Si antes no podía hablar contigo, ahora puedo pedirte que abras los ojos.

Brillo, tan áspero e inestable. Brillo, tan amoroso y reservado. ¿Por qué temiste de ti? No había razón para correr, y ahora lo ves. No había motivo para dudar y aun así lo hiciste.

Viste saltar a tantas personas, y aun así sigues aquí. ¿ Qué te hace seguir aquí ?

Porque está claro que yo ya no soy esa razón.

Yo estoy aquí gracias a ti. Gracias a que, después de todo, después de la desgracia, decidiste volver a sentir. Volviste a sonreír al ver una paloma, o volviste a disociarte mirando una historieta.

Sea lo que haya sido, regresaste a imaginar como cuando eras pequeño, pero ahora sabías qué cosas te lastimaban y las arrojaste al vertedero.

Mi vida volvió a empezar y ahora esta misma me pide descansar. Esperar a que sientas más y más, que seas tú quien decida qué cosas seguir viviendo y cuáles olvidar.

Mi trabajo será ahora el que inicialmente se me destinó. Darte calor cuando tu corazón lo quiera, susurrarte de vez en cuando para que te quites esos auriculares y pongas atención al cielo, al asfalto, a las colinas.

Tu arte ya no es el mismo porque tú ya no lo eres. Tu arte depende de ti, pero tú no dependes de él. Puedes cambiarlo cuantas veces quieras y aun así seguirá siendo tuyo.

Solo habrás pintado una pequeña parte de tu vida y tu vida tiene muchas otras partes.

Para Brillo:

Ahora que soy algo nuevo, que me convertí en alguien distinto, también es momento de cambiar la manera en la que me miro. Supongo que era inevitable. Quien renace, siempre se observa con otros ojos.

Irónicamente, siempre fui fan de las explosiones. Y al final, tuve que convertirme en una para entenderlo.

—Con tiempo, Supernoba.

Repintando las Constelaciones

Brillo salió del edificio sin saber exactamente hacia dónde iba. Solo caminó. La ciudad sonaba igual que siempre, pero a él ya no le sonaba igual. Sus pasos lo llevaron, sin pedir permiso, hasta el parque donde había aprendido a imaginar conciertos.

El mismo banco.

El mismo cielo. Un cielo que ahora no tenía música, ni trucos, ni voces. Solo oscuridad, espacio y estrellas demasiado lejos como para pertenecerle.

Se sentó. Respiró hondo. Y levantó la vista.

Las estrellas no brillaban como en el planetario de su infancia. No tenían colores exagerados ni formas dóciles. El cielo real era inmenso y frío, Pero estaba lleno de luz viajando desde lugares que ya no existen.

Luz antigua. Luz que viajó miles de años para llegar justo a este instante, justo a sus ojos, justo ahora.

La luz de una estrella muerta sigue iluminando . Su madre también. Alice también.

Algo en su pecho se acomodó, muy despacio. No era alivio. No era felicidad. Era aceptación.

Si alguien, en algún punto remoto del universo, pudiera mirar hacia la Tierra en este mismo instante —alguien muy, muy lejos, tan lejos como para que la luz tardara décadas en viajar— esa persona vería algo distinto:

Vería a su madre sonriendo en la cocina.

Vería a Alice riéndose por cómo él sujetaba una taza mal lavada.

Vería a un Brillo que aún no sabía lo que perdería.

Vería un pasado que todavía está vivo. Un pasado que todavía viaja. Un pasado que todavía brilla.

Eso también es verdad. Y eso también es amor.

Brillo bajó la mirada y respiró. El reloj marcaba la hora exacta. La cicatriz bajo su camisa ya no dolía. El mundo era grande, desconocido y real.

Y él también. Miró de nuevo al cielo.

Las constelaciones no coincidían con las que recordaba del planetario. Habían cambiado o quizá él había cambiado.

—Está bien —susurró, apenas audible—. Puedo empezar otra vez. Puedo repintarlas y puedo crear las mías.

En algún lugar dentro de él, no una voz, sino un eco, una vibración suave respondió sin palabras.

Brillo sonrió. Una sonrisa pequeña, honesta. El tipo de sonrisa que no necesita ser eterna para ser verdadera.

Se puso de pie. Miró una última vez el cielo.

No buscó figuras conocidas. No buscó explicaciones.

Solo luz viajando.

Como todo lo que amó.

Como todo lo que perdió.

Como todo lo que seguirá viviendo en él.

Repintó, con la mirada, la primera constelación.

Y luego dio el primer paso de su nueva noche.